

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

LAS FIESTAS CARDINALES

Sèvres, 29 de septiembre 1958

Al recorrer el círculo del zodiaco, el sol atraviesa todos los años cuatro puntos cardinales denominados equinoccios y solsticios. Los equinoccios corresponden a los dos días del año en los que, al cruzar el sol el ecuador, el día y la noche tienen la misma duración: son el 21 de marzo y el 21 de septiembre. Los solsticios corresponden a los dos días en los que el sol alcanza su mayor alejamiento angular del plano del ecuador: son el 21 de diciembre, el solsticio de invierno, el día más corto, y el 21 de junio, el solsticio de verano, el día más largo.

A estos cuatro puntos, solsticios y equinoccios, están vinculadas cuatro fiestas llamadas cardinales: Navidad, Pascua, de San Juan y de San Miguel. Esas fiestas fueron establecidas por los Iniciados con el fin de recordar a los humanos que, en esas fechas, el sol desencadena en el universo fuerzas particularmente poderosas que tienen, si son conscientes de ellas, la posibilidad de extraer y utilizar para su evolución. El paso de una estación a otra se hace por esos cuatro puntos que son como nodos de fuerzas extraordinarias determinadas para cada estación. El envío de esas fuerzas está organizado y regulado por grandes espíritus que tienen bajo sus órdenes muchos otros espíritus de menor magnitud, encargados de la distribución de las energías por la superficie del planeta.

Una multitud de espíritus está dedicada a estos trabajos. No hay que pensar que todo se produce mecánicamente en la naturaleza, no, todos los cambios se producen por el trabajo de entidades que tienen la tarea de ocuparse de las piedras, de las plantas, de los animales o de los hombres.

Empecemos por el equinoccio de primavera, el 21 de marzo: éste está bajo la influencia del Arcángel Rafael. Es Rafael quien da a las entidades que él gobierna, la orden de trabajar sobre la vegetación, y de enviar por doquier fuerzas de crecimiento y de regeneración.

El Arcángel Rafael habita en la esfera de Mercurio. Su nombre significa: Dios curador. Este Arcángel y los Ángeles que están bajo sus órdenes, tienen como misión trabajar sobre la fuerza divina con el fin de volverla curativa. Los otros Arcángeles que regulan las otras estaciones, dan a la fuerza divina otra longitud de onda y le comunican otras virtudes. Los antiguos que querían conocer la ciencia de Rafael elegían ciertos días y fórmulas determinadas para vincularse con él; así es como tuvieron revelaciones concernientes a las propiedades de las plantas. El dios griego de la medicina Asclepio (o Esculapio), estaba en conexión con las fuerzas de Hermes (o Mercurio, bajo otro nombre) y no es pues por casualidad que el caduceo de Hermes haya sido desde hace milenios el símbolo de la medicina. Por eso, al acercarse la primavera, pensad en uniros al Arcángel Rafael, pedidle que os revele los secretos de las plantas, de las semillas y de las flores, a fin de que podáis beneficiaros de las buenas influencias que contienen y esparcen a su alrededor.

En la primavera la naturaleza resucita, recordando al hombre que él también debe resucitar, quizá no físicamente, no es totalmente posible, sino espiritualmente. Así como la savia sube en la vegetación para renovarla, el hombre debe trabajar para que la savia espiritual penetre en él con el fin de vivificar sus cuerpos sutiles.

La gran fiesta cristiana de la primavera es la fiesta de Pascua que conmemora la resurrección de Cristo: así se reúnen la vida de la naturaleza y la del alma. Quien conoce la ciencia de los símbolos, sabe que la vida de un Iniciado tiene correspondencias con la vida de la naturaleza: la vida de un Iniciado es una sucesión de episodios simbólicos combinados según un cierto orden con un objetivo determinado. La vida de Jesús no hace más que seguir el desarrollo de la tierra y del universo: es un símbolo universal. El universo nació como Jesús, será crucificado como él, y como él resucitará.

La literatura tradicional de todos los países contiene muchos cuentos y relatos míticos en los que se ve que las fuerzas de la luz y de la oscuridad combaten... Pues bien, hacia el 21 de junio, en el solsticio de verano, entramos en el período en el cual la luz es victoriosa. Algunos días después, el 24 de junio, se celebra la fiesta de San Juan en la que se acostumbra a encender fuegos durante toda la noche. El solsticio de verano está dominado por el Arcángel Uriel. La Iglesia ha evitado mencionar a este Arcángel. Menciona a Gabriel, Rafael y Mikhaël, que presiden las otras tres fiestas cardinales del solsticio de invierno y de los equinoccios de primavera y de otoño, podemos preguntarnos por qué ha silenciado el

nombre de Uriel. Uriel es un Arcángel de la luz, su nombre significa: Dios es mi luz. La fiesta de San Juan se celebra en el momento en el que el sol entra en Cáncer - signo dominado por Venus -, y esto no es un hecho casual, pues San Juan es la fiesta del fuego, del calor que hace madurar los frutos y todas las cosas. Durante el verano, toda la naturaleza está en fuego. Pero ese fuego también es el del amor físico, sensual, y se sabe que, en algunos países, la noche de San Juan da lugar a toda clase de excesos sexuales. Sin duda ésta es la razón por la cual la Iglesia ha preferido no celebrar al Arcángel Uriel y la fiesta del verano.

En el Árbol sefirótico, Uriel es el Arcángel de la séfira Malkuth, la tierra, y este título está en comunicación con el fuego interior del planeta. Este Arcángel tiene bajo sus órdenes toda una jerarquía de Ángeles; algunos de ellos trabajan sobre los metales, las piedras preciosas, función que los griegos atribuyeron al dios Hefestos (o Vulcano). Vulcano trabajaba sobre las piedras, sobre los metales, y para ello debía utilizar el fuego, el único que puede fundirlos y volverlos maleables.

No se debe confundir las regiones subterráneas del fuego metálico y mineral, con las regiones del fuego infernal. A pesar de su proximidad, el Infierno es un universo totalmente separado de aquél en el que se ejecuta el trabajo del fuego sobre los metales y los minerales. Son espíritus divinos los que trabajan en esos talleres subterráneos, mientras que, en el Infierno, viven las almas caídas.

Si el hombre es consciente y permanece atento durante este período del solsticio de verano, en el que la luz es la más poderosa, y la noche, la oscuridad y las tinieblas retroceden, obtiene grandes posibilidades para desencadenar ataques contra las tinieblas interiores y puede esperar vencerlas. En la época en la que las noches se alargan de nuevo, en donde la luz se debilita, y las influencias que contraen y ralentizan la circulación de todas las corrientes vitales se hacen más fuertes, ya no es tiempo de emprender semejantes trabajos. Ya no existen las mismas condiciones interiores y exteriores para afrontar las fuerzas hostiles. Mientras que, en el período del triunfo de la luz, si algunos quieren realmente hacer un trabajo importante para el mundo entero, pueden hacerlo: si ya han conseguido resolver sus problemas personales, tienen el derecho e incluso el deber de ir más lejos.

Puesto que es el Arcángel del fuego, Uriel está vinculado no únicamente al fuego físico, terrestre, sino también al fuego de esta energía

sexual formidable que arde en las criaturas. Por eso precisamente Uriel es un Arcángel con el cual es esencial aprender a trabajar: porque es esencial aprender a trabajar con el fuego para poder sublimarlo. Ahora bien, ¿qué es la sublimación? El tránsito de un estado a otro, y es el calor el que opera este tránsito. Por debajo de 0°, el agua se presenta en estado sólido, bajo forma de hielo; calentadla un poco, a 1° ya se funde, y obtenéis agua. Calentadla aún hasta 100°, se transforma en vapor. Después, si queréis disociar el oxígeno y el hidrógeno contenidos en el vapor de agua, se necesita un calor todavía más fuerte. El único problema que se plantea a los ingenieros cuando utilizan temperaturas muy elevadas para transmutar ciertos líquidos o gases, es el de disponer de aparatos y circuitos hechos de una materia capaz de resistir esas temperaturas.

Pero todos esos procesos que la ciencia intenta aplicar en la materia, la Ciencia esotérica los conoce desde la más remota antigüedad. Los Iniciados, que estudiaron la naturaleza humana, han constatado desde hace ya mucho tiempo, la existencia en el organismo de toda una instalación de circuitos, ramificaciones, canales que permiten esas circulaciones y transmutaciones. No se trata del sistema sanguíneo, aunque los capilares sean vasos muy finos, ni del sistema nervioso cuyas redes son aún más finas. Se trata de otras instalaciones aún más sutiles que precisamente permiten transmutar, sublimar la materia y hacerla pasar al estado etérico. Ese proceso se desenvuelve constantemente en el organismo, gracias a redes situadas aquí y allá, en los pulmones, el corazón, el cerebro, pero principalmente en la columna vertebral. Son sistemas muy complejos, muy sutiles, instalados en nosotros por la Inteligencia cósmica.

Todos estos procesos, estas transformaciones, se producen más o menos en todos los seres humanos y, a menudo, sin saberlo. Una alquimia espiritual opera sin cesar en el cuerpo y en el alma. Pero la cuestión ahora, es volverla consciente, sabiendo que todos poseemos en nuestro interior las instalaciones necesarias para sublimar la materia bruta, y hacerla pasar por los canales que la conducirán a regiones cada vez más sutiles. ¿Cómo prepararse para esta sublimación? Viviendo una vida pura, armoniosa y abriéndose conscientemente a esas poderosas corrientes de la luz que el Cielo nos envía.

El 22 de septiembre tiene lugar el equinoccio de otoño presidido por el Arcángel Mikhaël. El sol entra en el signo de Libra, abriendo así un ciclo nuevo. Los frutos caen de los árboles, abandonando sus envolturas y las semillas son separadas para ser consumidas o conservadas; más tarde, serán

plantadas a fin de que el ciclo vuelva a comenzar. Pero ese trabajo de separación, de selección, que se hace en la naturaleza, no sólo concierne a la vegetación, sino también al ser humano. Como el fruto se separa del árbol y la semilla del fruto, el alma se separa del cuerpo, si no físicamente, al menos espiritualmente. El cuerpo es la envoltura, y el alma es la semilla que es sembrada arriba, en el Cielo. El día en el que ese fruto, que es el hombre, esté maduro, no debe volver a caer en tierra como el grano de una planta, sino volar hacia el Cielo. El otoño es el periodo en el que debe hacerse esta separación de la tabla Esmeralda de Hermes Trismegisto cuando dice: “Separarás lo sutil de lo espeso con gran industria”. Separar lo sutil de lo espeso significa separar lo espiritual de lo material. Durante el otoño, este proceso de separación se realiza en toda la naturaleza para preparar la nueva vida. Como el Arcángel Mikhaël viene a separar el alma del cuerpo dejando morir al cuerpo, el Iniciado deja morir una materia en sí mismo a fin de liberar la vida.

La separación es una ley de la vida. Observad sólo en el dominio de la nutrición: siempre hay que seleccionar, limpiar, pelar, y esto que tan fácilmente hacemos en el terreno material, hay que saber y poder hacerlo también en el terreno espiritual. Desgraciadamente esto es muy difícil. La mayor parte de la gente no sabe qué quitar o desechar, y lo tragan todo. ¡Cómo el gato que se traga a los ratones con la piel y los intestinos! Esto es pues lo que debemos aprender ahora junto al Arcángel Mikhaël: la selección, es decir, el discernimiento, aprender a separar lo puro de lo impuro, lo útil de lo inútil, lo nocivo de lo saludable, lo inanimado de lo vivo. Esta ausencia de discernimiento es la causa de todas las desgracias.

El Arcángel Mikhaël separa el alma del cuerpo, porque el alma debe viajar, visitar otras regiones del espacio en lugar de permanecer eternamente sobre la tierra. El Iniciado, que ha observado la naturaleza, se dice: «Mi alma está atada, ¿cómo liberarla, cómo separarla de esta espesa materia? Hay que esperar a que esté madura: el Arcángel Mikhaël vendrá entonces a liberarla de su ganga.» La fiesta de San Miguel es prodigiosa de sentido para quienes han comprendido que puede aportarles la liberación total.

La muerte, el abandono del cuerpo físico, es un ascenso hacia las alturas. El alma es llevada por el Arcángel Mikhaël y pesada por él en su balanza. Su espada corta los lazos que retenían al ser en la tierra, después el alma es pesada, juzgada y enviada a la región que corresponde a su grado de evolución.

Las fuerzas que preside el Arcángel Mikhaël son fuerzas de equilibrio, de justicia y, por tanto, de discernimiento entre lo bueno y lo malo, a fin de liberar lo bueno, y de transformar lo malo. Pero el bien y el mal están tan enmarañados que no pueden separarse prematuramente sin provocar destrozos. El arte de separar los contrarios es el más difícil que existe, y es en la naturaleza donde, desde siempre, los Iniciados se han instruido en ese arte. No se puede separar la nuez de su cáscara, pero la naturaleza sabe cómo hacerlo: deja madurar el fruto, la cáscara se abre por sí misma, y la nuez se libera. Igualmente, el niño en el vientre de su madre está unido a ella, no se le puede arrancar prematuramente, si no, ambos mueren. Pero si se espera, el fruto cae y puede cortarse el vínculo que unía a la madre y al niño. Esta separación es el símbolo de la madurez.

Recordad la parábola de la cizaña y el trigo en el Evangelio. A los servidores que vinieron a preguntarle si debían arrancar la cizaña que había crecido entre el trigo, el dueño del campo respondió: «No, no sea que al arrancar la cizaña arranquéis al mismo tiempo el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la cosecha, y en la época de la cosecha diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en fardos para quemarla, pero guardad el trigo en mi granero.» La época de la cosecha es aquella en la que los frutos están maduros. Hay pues que esperar esa época para separar el mal del bien, y esta separación será la obra del Arcángel Mikhaël.

Es el Arcángel Mikhaël el que tendrá el papel principal en la purificación de la tierra. En el curso de los siglos, una multitud de seres nocivos han vertido inmensas fuerzas destructivas. Esas fuerzas se han acumulado en un depósito, y han adoptado la forma de un monstruo al que se ha llamado el Dragón o la Serpiente. Es de él de quien se dice que seduce a las naciones, extravía a los hijos de Dios, y produce todas las desgracias de la humanidad. Este egregor es de un poder prodigioso. En el pasado, seres audaces, llenos de abnegación, emprendieron una lucha sin cuartel contra el Dragón. Pero hasta el presente, nadie ha conseguido vencerlo. Sin embargo, en el momento preciso, el Arcángel Mikhaël se levantará para derribarlo. Sólo el Arcángel Mikhaël es capaz de vencer a este egregor. Con la ayuda de su armada va a realizar lo que desde hace siglos las multitudes reclaman al Creador. Su acción ha sido anunciada en el Apocalipsis y los Libros sagrados. Es por eso por lo que debemos unirnos al Arcángel Mikhaël, pedirle su protección y la posibilidad de trabajar con él a fin de reforzar su victoria. La luz triunfará sobre las tinieblas, ha sido vaticinado y así será; ¿por qué no participar en ese acontecimiento? Los hijos de Dios que estén inscritos entre el número de los que hayan participado en el

combate del Arcángel Mikhaël, el Genio del sol, esta potencia de Dios entre las más luminosas, recibirán el beso del Ángel del fuego. Este beso no les quemará, sino que les iluminará.

Por último, el 21 de diciembre tiene lugar el solsticio de invierno presidido por el Arcángel Gabriel. Y algunos días después, es la fiesta de la Navidad que celebra un nacimiento, es decir un descenso en la materia, una condensación, una cristalización... a imagen del invierno en donde todo se inmoviliza y se congela.

El Arcángel Gabriel dirige las fuerzas que tienen la propiedad de condensar la materia. Es el Arcángel de la Luna que condensa las cosas. Si la luna no hubiera sido limitada por otras influencias, habría materializado, petrificado todo: las plantas, los animales, los humanos. Es pues el Arcángel Gabriel quien se ocupa de la materialización. Cuando los Iniciados quieren materializar una idea, un proyecto, aun cuando esa materialización no corresponda a un nacimiento especial, utilizan esta fiesta para conseguirlo, porque entonces hay buenas condiciones por todas partes. Es la hora del nacimiento de algo sobre la tierra. Las otras fiestas corresponden a una liberación, una resurrección, una iluminación, sólo la fiesta de Navidad está vinculada a una realización sobre la tierra.

Los equinoccios y los solsticios, es decir, las cuatro fiestas cardinales, son pues los cuatro momentos esenciales del año. Están dominados por Mercurio (equinoccio de primavera), Venus (solsticio de verano), el Sol (equinoccio de otoño), la Luna (solsticio de invierno). En esos momentos, la naturaleza está de fiesta; y los Ángeles, los Arcángeles, todas las fuerzas de la naturaleza, la Madre Divina misma, participan en esa fiesta... Y únicamente los seres conscientes de la importancia de esas fiestas, saben vivir esos momentos privilegiados en los que fuerzas formidables se derraman en el universo.

Pero mirad cómo vive la mayor parte de la gente esas fiestas, y particularmente la de Navidad. Aprovechan esta festividad para entregarse a toda clase de juergas, de excesos, de locuras después de las cuales se sienten debilitados, abatidos. Una fiesta como Navidad, que debería aportarles la regeneración, la luz, no les aporta finalmente más que el oscurecimiento de la conciencia.

Precisamente el otro día, vi por televisión un programa sobre el tema «la fiesta». Se habían reunido escritores, cineastas, sociólogos, periodistas, y todos decían que la fiesta es benéfica, es agradable, distrae, divierte, es un

cambio del trabajo de todos los días... Y advertí que todos hablaban únicamente de placer, de distracción, de pasatiempo y que en ningún caso se planteó la cuestión de saber aprovechar ese reposo, esa alegría, para avanzar, para evolucionar, para volverse más bello, más noble, más resplandeciente. Me quedé atónito. Todos decían que había que divertirse, «darse el gusto», e incluso «matar el tiempo». Ninguno tuvo la idea de decir que la fiesta también podía contribuir a la elevación, a la mejora, al ennoblecimiento del ser humano.

Excusadme, quizás soy anormal, tal vez soy un monstruo, pero qué queréis, para mí todas las actividades, trabajos o festejos, deben converger hacia un solo objetivo, hacia un ideal espiritual: cómo llegar a ser mejor, cómo volverse útil. Por supuesto, uno es libre de actuar como todo el mundo: podéis hacer fiestas si os gusta, seguiréis siendo siempre los mismos débiles, enclenques, indecisos, esclavos, víctimas, a pesar de todos vuestros descansos y diversiones ¿Por qué? Porque os faltará un ideal. Vuelvo siempre a esta cuestión. Le pregunto a alguien: ¿Cuál es su ideal? - ¡Oh! no lo sé... - Pues bien, está usted perdido.» Pues sí, la gente no ha comprendido la ventaja de tener un ideal sublime, un ideal de perfección: eso es lo que da un sentido a la vida.

* * *



www.laenseñanza.org